

Sin este lenguaje, digno del pueblo francés, los rigores del estado de sitio habrían desolado á México entero, y los americanos, prontos á atravesar por segunda vez * la frontera del Rio Bravo, venian á provocar la bandera tricolor, que nuestro ejército, ménos paciente que nuestra política, no habria dejado insultar.

* Los americanos negros se habían apoderado hacia algunos meses de Bagdad, ocupado por los imperialistas, y lo habían evacuado despues de haberlo saqueado. Bagdad habia sido recobrado por los franceses.—(N. del A.)

XII.

En los momentos en que el mariscal Bazaine operaba en el Norte de México para levantar la causa imperialista, y contestaba al emperador Maximiliano que no podia aprobar se pudiese todo el territorio en estado de sitio, el vapor de la compañía trasatlántica *Emperatriz Eugenia*, izando pabellon imperial, desembarcaba repentinamente á la soberana de México en el puerto de Saint-Nazaire el 8 de Agosto de 1866, en la mañana. La sorpresa de las autoridades locales, que se apresuraron á avisar este acontecimiento á Paris, fué menor aún que la de la corte de las Tullerías. Nuestro gobierno estaba muy lejos de esperar una visita, cuyo anuncio, como se recordará, causó una grande emoción en nuestra capital. Porque la opinion pública presentia ya misteriosos incidentes en este drama mexicano, cuyas situaciones se complicaban mas y mas. La víspera de este desembarco, el *Memorial diplomático* y ciertas publicaciones que se sabia que tomaban su inspiracion en las regiones oficiales, acababan de protestar, diciendo “que estaban autorizados para denunciar como una insigne calumnia la sola suposición de que la emperatriz Carlota pudiera estar en camino para Europa.”

Cuando el pequeño vapor anexo de la compañía, el *Belle-Île*, llevando á bordo á la emperatriz Carlota, atravesaba la rada, la estacada se cubria de curiosos y de empleados que habian acudido violentamente. La multitud era tanto mas compacta, cuanto que en aquellos momentos se hacia á la vela el pailebot nuevo *El Nuevo Mundo*, con destino á Aspinwall. La jóven soberana era el objeto de todas las miradas: parecia triste, y su trage de duelo hacia resaltar mas su actitud meditabunda. En torno suyo se agolpaban el general Almonte, que habia ido á recibir á la hija del rey Leopoldo, Martin Castillo, su ministro de negocios extranjeros, algunas damas de honor, sus chambelanes, el conde de Bomballes y muchos oficiales de su casa. No se habia hecho preparativo alguno para recibirla. Un carruaje de alquiler la condujo al hotel Bely. Sus criados, mexicanos con anchos sombreros con toquillas de oro, y con sus vestidos llenos de botonaduras de plata, hicieron sensacion en Saint-Nazaire al desembarcar.

Apenas hubo llegado á tierra, cuando espresó la emperatriz su deseo de viajar de incógnito, y rehusó pedir hospitalidad á la corte de las Tullerías. Mientras llegaba la hora de la partida, que tuvo lugar á las cuatro de la tarde, la augusta viajera visitó el puerto. Su marcha era firme: los saludos que dirijia á la multitud respetuosa eran periódicos. Su rostro llevaba la impresion de crueles preocupaciones duplicada por una fatiga extrema; sus ojos brillaban ya con el fuego de la fiebre. La travesía habia estropeado fuertemente á la jóven emperatriz, porque habiéndose instalado en la popa del navío, por haberlo deseado así para estar mas aislada, no habia podido encontrar reposo en su sueño por la trepidacion continua de la máquina. Al dia siguiente llegaba á Paris y descendia en el Gran Hotel. A medida que se aproximaba el término del viaje, se desarrollaba su exaltacion. La familia imperial se encontraba

entonces en el palacio de Saint-Cloud; la soberana pidió que se pusiese á su disposicion un carruaje de la corte, y reclamó de Napoleon III una entrevista inmediatamente. En el intermedio recibió una visita de M. Drouyn de Lhuys, y pasó una parte del dia conversando con este ministro. Aunque el emperador contestó que estaba indispuesto y que sentia no poder recibirla, la emperatriz Carlota no aceptó aquella dilacion, y al dia siguiente se dirigió á palacio.

Sus instancias fueron tan vivas, que al fin consintió Napoleon en recibirla. Entónces espuso la emperatriz las pretensiones de Maximiliano, que reclamaba aún de la Francia nuevos socorros financieros y militares. La conferencia fué larga y violenta, llena por ambas partes de recriminaciones que concluyeron por cambiar el carácter de aquellas esplicaciones. La emperatriz, viendo desplomarse poco á poco todo el cúmulo de esperanzas que su imaginacion ardiente se habia complacido en levantar desde su salida de Chapultepec hasta que pisó el suelo de Saint-Cloud, sintiendo que su cetro se rompía en su mano, se dejó arrebatarse de su indignacion. Despues de haber enumerado sus quejas, la hija del rey Leopoldo llegó á comprender, aunque muy tarde, que habia cometido una falta al olvidar, aceptando un trono de la munificencia de un Napoleon, que habia salido de la sangre de Orleans.¹ De esta escena del palacio de Saint-Cloud puede datar realmente la locura de esta interesante princesa, cuya razon iba pronto á desvanecerse juntamente con sus esperanzas. Apenas tuvo fuerza para arrastrarse desde Paris hasta el Vaticano, para caer delirante á los piés del Santo Padre, á quien venia á pedir apoyo y consuelos.²

1 Despues de la entrevista de Saint-Cloud, la misma emperatriz Carlota dictó la relacion de su entrevista con el emperador Napoleon.—(N. del A.)

2 El *Monitor* del dia 8 de Setiembre, publicó la siguiente nota:
En un artículo relativo á México, publicado por la *Revista Contemporánea* del

Los Estados-Unidos no habian perdido por un momento de vista el viaje de la emperatriz Carlota ni los actos de la política francesa, á la cual Seward, sub-secretario de Estado americano, no cesaba de imprimir desde Washington, una impulsión capaz á la vez de satisfacer las tendencias republicanas del congreso, y de desarmar á los enemigos del presidente Johnson, acusado de ser débil contra la Francia. M. John Hay, encargado de negocios *ad interim* en París, escribía á M. Seward:

“París, Agosto 10 de 1866.

“Señor:

“Recientemente han aparecido en los periódicos de París algunos párrafos anunciando la salida de México de la mujer del archiduque Maximiliano. Estas noticias naturalmente han dado lugar á apreciaciones en general desfavorables á la causa imperial en México. Para poner un término á estas reflexiones injuriosas, el *Memorial* y el *Pais* han desmentido estos rumores.

“Ayer, con gran confusión de estos amigos tan empeñados en lo que afirmaban, y tan llenos de indignación, *la señora en cuestión* ha llegado á París y se ha alojado en el Gran Hotel.

“Se han deducido las mas fatales conclusiones de esta visita, sobre todo por los que han tenido la desgracia de haber especulado fuertemente con el empréstito mexicano. Se considera generalmente como el supremo y último es-

“19 de Setiembre, M. de Kératry cuenta que en Saint-Cloud hubo conversaciones estremadamente vivas entre la emperatriz Carlota y el emperador.

“Esta aseveración es absolutamente contraria á la verdad.”

Véase la respuesta del autor en las *Piezas justificativas*, al fin de la obra.—(N. del A.)

fuerzo para obtener con la influencia personal los socorros indispensables al imperio mexicano, que se rehusaron á sus representantes diplomáticos acreditados.

JOHN HAY.”

Los términos de esta nota diplomática, dejaban mucho que desear bajo el punto de vista de la cortesía. El 17 de Agosto, M. Hay daba cuenta de la visita de la emperatriz Carlota á Saint-Cloud, en los términos siguientes:

“París, 17 de Agosto de 1866.

“Señor:

“Por consejo de M. Bigelow, que ha ido á Ems por algunos dias con su familia, he ido ayer al ministerio de relaciones. He hablado con S. E. sobre las noticias que generalmente circulan con motivo de la presencia de la emperatriz Carlota en Francia. Estas noticias anunciaban que la permanencia de Maximiliano en México, dependía de una modificación en las resoluciones adoptadas por el gobierno francés, y anunciadas en las comunicaciones recientes de S. E. al marqués de Montholon y á M. Bigelow. Algunos periódicos aún daban á entender que la princesa habia llegado á obtener algun cambio en este programa. Pregunté al ministro si se habia hecho ó debia hacerse alguna modificación de este género á la política imperial con respecto á México. M. Drouyn de Lhuys dijo “que no habia habido modificación alguna á nuestra política, ni la habria: que haríamos lo que habíamos dicho que era nuestra intención hacer.” “Naturalmente, agregó, hemos recibido á la emperatriz con cortesía y cordialidad, pero el plan decidido anteriormente por el gobierno y el emperador, se ejecutará.

JOHN HAY.”

A la hora en que la desesperacion y la locura de la emperatriz Carlota entristecian á la Europa entera, conmovida desde antes con el golpe que iba á herir á Maximiliano, en México se precipitaban los acontecimientos. El emperador, lleno de ceguedad, desencadenaba con sus propias manos la revolucion, dando un verdadero golpe de Estado. Derribaba á su propio ministerio, y en lugar de tratar de reclutar los consejeros de la corona entre todos los partidos, con objeto de apoyarse hábilmente en el país y en la opinion pública al aproximarse el tiempo de la evacuacion francesa, se arrojaba enteramente en brazos de la faccion ultramontana que lo habia seducido con sus intrigas y sus promesas. Los reaccionarios Lares, Marin, Campos y Tavera, entraron al nuevo consejo. El padre Fischer llegó á ser gefe del gabinete imperial, y los Sres. Osmont y Friant, uno gefe de Estado Mayor general, y otro intendente en gefe del ejército espedicionario, quedaban encargados definitivamente de las carteras de Guerra y Hacienda. El mariscal habia creido que debia prestar á Maximiliano el concurso pasajero de dichos Sres. Friant y Osmont, y les permitió lo auxiliaran con sus luces durante un momento de crisis. La noticia de este golpe de Estado, que tuvo lugar en México el dia 26 de Julio, llegó muy tarde al cuartel general, cuya admiracion igualó al sentimiento. Porque la eleccion hecha por el emperador de un partido tan exajerado, se trocaba en una declaracion de guerra hecha á la gran mayoría de la nacion. Además, la introduccion solemne de dos oficiales franceses en los negocios públicos, estaba en contradiccion con las órdenes formales de nuestro gobierno, que prescribian no se interviniese en manera alguna en la direccion política del país. Por otra parte, era difícil, por interés mismo de nuestro ejército, que esos dos altos funcionarios pudiesen acumular los negocios de sus carteras con los cargos de sus empleos de gefe de Estado Mayor é intendente.

No era menos sensible que semejante decision hubiera sido tomada y ejecutada en México sin la anuencia del general en gefe, sobre todo cuando el soberano acababa de empuñar una nueva bandera.

La confianza acordada por Maximiliano al padre Fischer, que ha representado mas tarde un papel tan funesto, era deplorable bajo todos aspectos, y sin duda que la religiosidad del soberano se habria sorprendido si hubiese conocido la biografía de este antiguo luterano hecho católico. Agustín Fischer, de origen aleman, se habia agregado en 1845 á una partida de colonos que se dirigia á Tejas. No habiéndole producido esto resultado, se hizo pasante de notario, y fué á buscar oro á California. Pronto abjuró el antiguo colono su fé de protestante, se ordenó en México, y obtuvo el puesto de secretario del obispo de Durango. Despedido muy pronto del palacio episcopal por sus costumbres disolutas, fué recojido en Parras, en la casa del Sr. Sanchez Navarro, quien, seducido por las apariencias, lo presentó á Maximiliano. El padre Fischer, que está dotado de una rara inteligencia, no tardó en lograr que se le confiara una mision diplomática cerca del Santo Padre: sin embargo, se estrelló en Roma, y tuvo que volver á México. Apesar de todo, se aumentaba su crédito, y en aquellos momentos, la ambicion del secretario imperial no conocia límites, y codiciaba el obispado de Durango, uno de los beneficios eclesiásticos mas opulentos de México. El favor directo del soberano era un medio seguro de llegar al resultado. Pero la eleccion de este clérigo no era la mas á propósito para aplacar los espíritus y atraer á los disidentes.

¿Esperaba acaso Maximiliano dar así prendas al Papa, y conciliarse su gracia llamando un ministerio reaccionario, con solo el fin de facilitar las tentativas de la emperatriz Carlota? Esto es creible, sobre todo, si se evoca el recuerdo de su reciente viaje á Roma, y los compromisos que contra-

jo allí con el Santo Padre, así como también las aspiraciones de su juventud, tal como están espresadas en los *Cuadros de mi vida*, que acaban de publicarse en Leipzig, por orden personal de su hermano el emperador Francisco José. El archiduque era de un humor profundamente católico por instinto y por educación. Las tendencias de su devoción de príncipe de la sangre, lo arrastraban al misticismo, lo mismo que su orgullo por descender del gran Carlos V, lo hacía decir que nada era superior al derecho divino. Solo delante de este derecho inclinaba la cabeza el príncipe niño, esperando el momento de aceptar de un pretendido sufragio popular la corona entrevista sin cesar en sus sueños. Porque Maximiliano se creía predestinado; este es el secreto de haber emprendido esa aventura en México, que, como se verá más tarde, no era en su pensamiento el término de sus esperanzas. Atendiendo á sus aspiraciones religiosas, que se exaltaron sin duda durante su visita á la Santa Sede, era fácil comprender, aunque en nuestro juicio esto hubiera sido impolítico, que desde que tomó posesión del trono, Maximiliano hubiese abrazado radicalmente la causa clerical, luchando francamente desde el principio contra el movimiento liberal. Siempre puede creerse que entonces se hubiera seguido una guerra sin cuartel, tan desastrosa para la dignidad del trono, como incompatible con nuestra propia bandera; porque si el clero francés es el primero en dar grandes ejemplos á ambos mundos, el de México, con pocas excepciones, está corrompido por el abuso y el deseo de los goces, que no ha hecho sino crecer durante este tiempo de continuas revoluciones por la falta de disciplina. No era en su seno adonde el soberano podía sacar alguna fuerza: no era allí donde podía encontrar sinceridad ni desinterés. No hemos podido olvidar que la primera palabra pronunciada por Monseñor Labastida, arzobispo de México, al volver á la capital de su patria desolada que no

había vuelto á ver durante muchos años, había sido preguntar si durante la guerra se habían respetado los olivares de su casa episcopal de Tacubaya. La cuestión de la Iglesia y de los fieles, se había borrado delante de la de las rentas. Maximiliano acababa, pues, de cometer una segunda falta capital. Desde el principio había cometido el grave error de apoyarse en personas hostiles al nombre francés, cuando pudo rodearse mejor. Ahora se dejaba arrastrar por las olas de una reacción contra la cual debían luchar los verdaderos conservadores y la mayor parte de una generación educada en los principios republicanos. Estos principios, levantándose contra el nuevo programa del trono, no debían tardar en surgir en todas las ciudades que el ejército francés entregaba militarmente para su defensa á las tropas imperialistas, al ir efectuando su evacuación.

Sin embargo, todo el primer período de 1866, se había dedicado por nuestros soldados á mejorar lo mismo que á completar la fortificación y el armamento de las plazas del interior, tales como Monterey, San Luis, Durango, Zacatecas, Guadalajara y Matehuala. Nuestros artilleros habían llegado á montar sobre las fortificaciones de estas ciudades, más de seiscientos piezas en buen estado, y ámpliamente municionadas. Pero estos trabajos de defensa, confiados sucesivamente á las tropas mexicanas, debían en lo de adelante ser impotentes contra el levantamiento del país irritado por la elección de los nuevos ministros, que destruía toda esperanza de un renacimiento liberal. Después de este golpe de Estado, el gobierno mexicano, desesperado, aceptó el 30 de Julio la nueva convención que reclamaba el gobierno francés. Por este contrato, ejecutorio desde el 1º de Diciembre de 1866, y sustitutivo del tratado de Miramar, la mitad del producto de las aduanas de Veracruz y Tampico se destinaba al pago de la deuda francesa. Maximiliano había firmado en esto un compromiso funesto, que

sabia que no podría cumplir sin ir á dar á la bancarrota nacional. Hubiera sido mas digno del emperador romper él mismo su corona, y retirarse dejando al gobierno francés la responsabilidad enorme de la situacion. Pero este soberano no sabia resistir á las seducciones de la magestad. Acaso esperaba el resultado de la mision de la emperatriz cerca de las cortes de Paris y Roma: esta era su única excusa.

Durante este tiempo, el ejército francés se replegaba segun el plan de evacuacion arreglado en tres plazos sucesivos. Para facilitar su movimiento retrógado, el mariscal maniobraba en los caminos del Norte, pronto á auxiliar á aquel de los dos gruesos cuerpos de operaciones que se viese amenazado. A la izquierda, la division de Castagny abandonaba poco á poco los vastos desiertos de la Sonora, los llanos de Durango y Zacatecas, y se posaba en Leon, que era su nuevo cuartel general. A la derecha, el general Douay abandonaba sus posiciones del Norte próximas á la frontera americana, y sus tropas, despues de haberse concentrado en el Saltillo, venian á plantar sus tiendas bajo los muros de San Luis, haciendo frente á las tropas de Zepeda, Pedro Martinez y Aureliano Rivera. La contraguerrilla francesa, que operaba en los alrededores de Matehuala, se preparaba á descender á la tierra caliente del Estado de Veracruz. Este vasto movimiento hácia atrás, descubria la zona de los Estados exétricos, tales como Tamaulipas, Nuevo-Leon, Coahuila, Sinaloa y Sonora. Además de que así estaba prevenida por las órdenes de Napoleon III, esta concentracion hubiera sido prudente desde el principio. Maximiliano habia soñado un imposible queriendo conservar bajo su cetro inmensas soledades, y el cuartel general, á nuestro juicio, habia hecho bien resistiendo de una manera mas completa aún á los deseos de la corona, porque nuestras tropas surcaban á México como el navío

que hiende las aguas, dejando apenas detrás de sí la huella de su paso. Este movimiento concéntrico era tanto mas urgente, cuanto que segun las revelaciones dirigidas á Maximiliano mismo por el prefecto de Zacatecas, los liberales estaban por obtener la garantía de un préstamo de 50 millones de pesos de los Estados-Unidos. Para obtener este empréstito, los juaristas ofrecian venderles la Baja California. Gracias á estos socorros americanos, el general Ortega, con diez mil filibusteros, cien mil fusiles, cuarenta piezas de artillería y municiones considerables, debia entrar por Piedras Negras para dirigirse sobre Zacatecas. Cortina debia prepararse á atacar á Monterey y el Saltillo: Negrete habia prometido desembarcar en Tamaulipas, é internarse en la Huasteca, mientras que Corona bajaria sobre Culiacan. En apoyo de este plan tan bien combinado, nuestro cónsul en San Francisco, nos avisaba que el general Miller, colector de las aduanas de esta ciudad, acababa de autorizar el tránsito y desembarque de las armas y municiones enviadas á los disidentes mexicanos por los agentes oficiales de Juarez, mientras que el general Vega enganchaba clandestinamente en una gran escala, á los soldados americanos licenciados, para enviarlos en pequeños destacamentos sobre la Sonora. Además, las provincias del interior necesitaban que se les contuviese firmemente en su deber. Casi todos los regimientos mexicanos estaban minados por los liberales: aun á sus mismos generales les hacia el enemigo proposiciones secretas. Algunos de ellos las oian: el general Quiroga, fuerza es decirlo en honor suyo, denunciaba estas maniobras al comandante francés. Tambien la desercion estaba á la órden del dia. Por ejemplo, el general López que mandaba en Matehuala, contaba un efectivo de 500 hombres: durante muchos dias faltó el sueldo; la contraguerrilla francesa, conmovida con la miseria de aquellos soldados privados de víveres y vestuario, les hizo préstamos

de su propia caja. Apenas estuvieron vestidos y pagados, en ocho días defecionaron trescientos de aquellos mexicanos.

Debía esperarse que se manifestara muy pronto la influencia del nuevo ministerio, celoso por vengarse de las medidas liberales inauguradas ántes de la llegada de Maximiliano á México, cuando el general en jefe habia declarado válidas las ventas de los bienes de manos muertas, salvo en los casos de adquisicion fraudulenta. Nuestro cuartel general, por su parte, no podia asociarse sino con disgusto á la política de una reaccion tan marcada, y enteramente contraria á las aspiraciones de la corte de las Tullerías, que se habia declarado por el triunfo de las ideas liberales, y esto, desde que tomó el mando el mariscal Bazaine. Encontramos la prueba de esto en una carta particular, dirigida por el emperador Napoleon al general Almonte, cuando este último presidia la regencia en México. Almonte habia sufrido por un instante la influencia reaccionaria de monseñor Labastida, el cual, por su parte, al reclamar los bienes del clero, habia pretendido hacer creer que estaba autorizado por la anuencia del mismo Napoleon III y de la emperatriz Eugenia: el emperador de los franceses se habia quejado confidencialmente á Almonte de esta actitud.

Al general Almonte, presidente de la regencia.

“Compiègne, 16 de Diciembre de 1863.

“Mi querido general:

“No he contestado hace mucho tiempo á las cartas que me habeis escrito, porque, lo confieso, no estaba muy satisfecho de la marcha de los negocios de México, y preferia que mi disgusto no os llegase directamente.

“En efecto, mientras que mi ejército esté en México, no permitiré que se establezca allí una reaccion ciega que com-

prometería el porvenir de aquel bello país, y que, á los ojos de la Europa, deshonraria nuestra bandera.

“Os escribo hoy para daros las gracias por el magnífico album que me habeis enviado. Es un recuerdo precioso para mí, y el bello trabajo de su relieve hace honor á la industria de vuestro país.

“Os suplico deis las gracias, tambien, de mi parte al Sr. D. José Salazar Ilarregui, ministro de fomento, por la dedicatoria que acompañaba este album, y que me ha conmovido vivamente.

“Espero que en este momento la Sra. Almonte esté ya á vuestro lado. Os ruego me recordeis con ella.

“Recibid, mi querido general, la seguridad de mi amistad.

NAPOLÉON.”

Así fué como habia condenado el emperador la reaccion clerical. El emperador de México por su parte habia contraido en Roma compromisos formales á favor de la Iglesia.

La entrada de los nuevos ministros debia ser la fuente segura de diferencias entre la Francia y México. No tardaron en abrirse las hostilidades entre la corona sometida á influencias fatales y el representante militar del gobierno francés. En aquellos momentos fué cuando tuvo el mariscal porque aplaudirse de haber ahorrado á México los rigores de un estado de sitio que hubiera sido terrible bajo la accion del fanatismo religioso!

La toma de Tampico por los disidentes, tan importante por los productos de su aduana, fué el pretexto para los ataques del ministerio, que se habia alucinado por un momento con que nuestra bandera, comprometida en un brusco conflicto con los Estados-Unidos, se encontrase de tal suerte empeñada, que la Francia, léjos de poder retirarse, se viese obligada á enviar nuevos refuerzos. Maximiliano se habia apercebido de que la política de las Tullerías tenia

dos lenguajes: que los ministros contradecían las seguridades que le daba su aliado, quien no dejaba de prometerle una ayuda eficaz y un apoyo moral; que al fin de cuentas, el emperador Napoleón lo había colocado en una dura alternativa, haciéndolo firmar la Convención de 30 de Julio.

El emperador de México se había aprovechado á su vez, de estas lecciones de una política tan honrada hoy en Europa. A su vez, no vacilaba también en arrojar gérmenes de discordia en el campo francés, apelando á ciertas adhesiones que, á causa de su completa ignorancia de las instrucciones de las Tullerías, deploraban el rigor de las medidas de evacuación, aunque fuesen atenuadas por nuestro cuartel general. Olvidando que la disciplina es la primera ley de un ejército, trataba de crearse partidarios en nuestras propias filas, con la esperanza de que su oposición tendría eco en Francia y sería bastante fuerte para suspender el movimiento de retirada.

Las repetidas innovaciones que sufría la casa militar de Maximiliano habían causado, de parte del soberano, una falta real de experiencia, á la vez que un olvido completo de la gerarquía. La carta siguiente, salida del gabinete imperial, había tenido, pues, por objeto, obligar á un mariscal de Francia, lo mismo que á todos los ministros de la corona, á comunicarse con el emperador por el conducto de un simple capitán del cuerpo expedicionario.

Gabinete militar del emperador.

“México, 7 de Marzo de 1866.

“ Señor mariscal:

“Tengo el honor de informar á V. E. que el gabinete del emperador se ha suprimido, quedando reemplazado por una secretaría.

“Su Magestad coloca al frente de la sección militar de esta secretaría al Sr. capitán X....

“Por conducto de este último oficial desea el emperador comunicarse en lo sucesivo con V. E., con el jefe del Estado Mayor y con los diversos ministros.

“Aun no puedo participaros el nombre del jefe de la sección civil.

EL JEFE DEL GABINETE.”

En aquellos momentos en que con razón se sentía desprendido de todo reconocimiento hácia el gobierno francés, Maximiliano no tendía ya más que á un objeto: el de sacar el mayor partido posible y usar por el tiempo más largo que se pudiera de nuestros soldados y de nuestro tesoro para salvar su corona. Estaba en su derecho. Así es que espesaba sin cesar el deseo de que los franceses guarneciesen especialmente las líneas del Norte y los puntos vecinos de los Estados-Unidos. Sobre este terreno había posibilidad de un choque con los americanos: pero el cuartel general estaba alerta y obedecía á las instrucciones emanadas de París, prestando siempre todo su apoyo á la corona de México, que tenía aún la misión de defender, puesto que se había firmado la Convención de 30 de Julio. Bajo la impresión de esta esperanza, defecionada con haber abandonado nosotros enteramente la frontera del Norte, escribió Maximiliano al general en jefe, lo siguiente:

“Alicázar de Chapultepec, 4 de Agosto de 1866.

“Mi querido mariscal:

“La toma de la ciudad de Tampico por los disidentes, y la evacuación de Monterey, me hacen saber que los resultados de la campaña en el Norte, tendrán para mi país las más graves consecuencias.

“Deseo, pues, estar instruido del plan que os proponéis seguir en vuestras operaciones, á fin de que intente salvar, si es posible, á los que se han adherido al imperio, y á los desgraciados funcionarios que se han sacrificado por nuestra causa.

MAXIMILIANO.”

Esta carta demuestra una grande irritacion, muy justa de parte del príncipe que acababa de sufrir el golpe de la nota imperial espedida en Paris con fecha de 31 de Mayo, y con la cual se desvanecieron todas sus esperanzas. Si el general en jefe hubiera sido recibido en palacio, adonde se presentó al partir para esta expedicion del Norte, estas cuestiones hubieran podido tener una solucion mas conciliadora. A medida que se profundiza mas esta dolorosa historia, se verá que en todas sus relaciones personales con el mariscal, la correspondencia del soberano no deja de acusar sentimientos de una cordial benevolencia. Pero desde que reaparezcan los grandes intereses militares de la corona mexicana, puestos en juego por la retirada anticipada de nuestras tropas, Maximiliano no verá ya, y con razon, en el mariscal, sino el representante del gobierno contra el cual tiene numerosas quejas. Y en lo sucesivo las relaciones entre ambos serán tan tirantes como la misma situacion, no pudiendo el cuartel general, despues de las amonestaciones numerosas que habia recibido de Paris, hacer mas que conformarse á las instrucciones del gabinete francés.

El general en jefe contestó desde su campo:

“*Peotillos, 12 de Agosto de 1866.*”

“Señor:

“En este momento recibo la carta de V. M. con fecha 4 del corriente.

“Asociado el hecho de la toma de Tampico por los disidentes, con la evacuacion de Monterey por órden mia, V. M. parece querer imputarme la responsabilidad de ambos hechos. Creo haber espuesto suficientemente á V. M. por mis dos cartas, números 7 y 46, fechadas el 11 y el 27 de Julio, la situacion de Nuevo-Leon y Coahuila, para que se reconozca la necesidad de la evacuacion de Monterey, no solo bajo el punto de vista político, sino sobre todo, bajo el militar, despues de la destruccion de las tropas del general Mejía, de la capitulacion de Matamoros, y con las condiciones morales en que se encontraba la legion belga.

“La capitulacion de Matamoros y las consecuencias que han resultado, no son de mi incumbencia, y no he podido formular sobre ello apreciacion alguna. Tenia que atender á las exigencias de una situacion que encontraba hecha; y creo haber cumplido con mi deber para con el soberano, poniendo á su vista todos los documentos adjuntos á mis cartas preecitadas, de las cuales he enviado tambien el duplicado á mi gobierno.

“En cuanto á la toma de Tampico por los disidentes, tendré el honor de recordar respetuosamente al emperador, que antes de emprender lo que se empeña en llamar mi campaña del Norte, en el momento en que los restos de las tropas del general Mejía llegaban á Veraacruz, he pedido el envío del general Olvera á Tampico, con lo que quedaba de su brigada. Las instancias del general Mejía habian probablemente modificado la primera decision de V. M. que al principio fué favorable al movimiento proyectado; porque la brigada Olvera no fué á Tampico, sino que por el contrario se le hizo marchar despues para México, contrariando las órdenes que yo habia dejado, y que correspondian á una combinacion militar, cuyo efecto abortado, tiene sus consecuencias actuales en el Estado de Querétaro.

“Una falta de cooperacion igual, que rehusó prestarme el

Señor general de Thum, ha contribuido mucho á los desastres que desolaban á Tamaulipas. El general Mejía se quejaba de que se espusiese á sus soldados á los peligros de la fiebre amarilla en Tampico.

“Entónces se embarcó en Veracruz un pequeño destacamento de la contraguerrilla, el único de que podía yo disponer para dar la guarnicion de Tampico, sin contar con los rigores de aquel clima que el año pasado nos costó un batallon entero. Yo no sé que aquel destacamento haya abandonado su puesto, ni entregado al enemigo lo que se le habia encargado que defendiera.

“V. M. me espresa el deseo de que se le instruya del plan que me propongo seguir en mis operaciones.

“Si V. M. se hubiese dignado recibirme la víspera de mi salida de México cuando solicité el honor de despedirme de S. M., yo le habria espuesto mis proyectos, que consistian simplemente en reconocer por mis propios ojos el efecto producido en el Norte del imperio, por los acontecimientos de Matamoros: asegurarme de la esactitud de las relaciones que se me enviaban sobre la poca confianza que debia tenerse en los principales funcionarios, y sobre el espíritu generalmente hostil de las poblaciones de estos lugares.

“Despues de haberme cerciorado de la verdad de estos datos, y apoyándome en las relaciones de los generales Douay y Jeanningros, fué cuando reconocí la imposibilidad por el momento, de conservar los puestos avanzados, que podian ser la fuente de peligros y gastos continuos. Tomé, dando de ello cuenta á V. M., el partido que persisto en creer prudente, de ordenar la evacuacion de Monterey y el Saltillo, á fin de establecer atrás una línea fuerte, fácil de conservar, y separada de la primera por un verdadero desierto, adonde tanto aliados como enemigos, no podian contar con recurso alguno. Mi opinion era y es aún, que es preferible desarrollar su influencia en el interior, concen-

trando los medios de accion en una zona determinada, que gastarse en las estremidades sometidas á la influencia de la frontera.

“V. M. provoca esplicaciones, y yo se las doy sinceras.

“El abandono absoluto en que dejaron al general Mejía en Matamoros los antiguos ministros del imperio, fué lo que determinó la capitulacion de esta plaza; la triste situacion en que se mantiene al general Montenegro en Acapulco, apesar de mis numerosas reclamaciones y apesar de las promesas siempre hechas y nunca cumplidas, traerá tarde ó temprano, estoy cierto de ello, ó la defeccion de esa tropa, que ha dado pruebas reales de abnegacion y de lealtad, ó la capitulacion de la plaza.

“Frente á esta inercia, de esa flagrante mala voluntad, que no temo denunciar de nuevo á V. M., cumpliendo lealmente hácia el emperador de México, con conciencia y adhesion, la mision que me ha confiado mi soberano, debo preocuparme de los cuidados que me imponen, tanto mi deber, como mi derecho de comandante en gefe del ejército francés.

“Mi carta de 11 de Julio ha espuesto á V. M. mis deberes ante las eventualidades de una próxima evacuacion de una parte considerable del ejército confiado á mi mando.

“Como consecuencia natural de los acontecimientos y de las apreciaciones que me es permitido concebir sobre el papel que el elemento mexicano representa en este país, tengo el honor de poner en conocimiento de V. M., que me será imposible dejar mis tropas en Guaymas y Mazatlan.

“Hace mucho tiempo que el gobierno mexicano ha podido y debido ocuparse de asegurar el dominio del poder imperial en estas dos plazas. Me veo obligado á entregar Sonora y Sinaloa á los solos recursos de que dispone el gobierno de V. M., y no tardaré en llamar las tropas que ocupan aquellos lejanos paises.

"En cuanto á los funcionarios que han prestado su cooperacion al gobierno de V. M., los creo muy hábiles para comprometerse inútilmente, ó para no esponerse á eventualidades que ya tienen previstas.

"Todos han sabido hasta aquí, y sabrán en lo futuro, ponerse solos al abrigo de todo peligro.

"En resúmen, Señor, yo no creo que la evacuacion de Monterey y del Saltillo, pueda tener para el país de V. M. las consecuencias tan graves que parece temer.

"En la guerra es preciso contar con las eventualidades y sacrificar momentáneamente una porcion del territorio para asegurar la principal, y mas tarde, cuando el enemigo se haya gastado ó debilitado por las defecciones, tomar la ofensiva y restablecer la preponderancia.

"V. M. dispone ya y dispondrá siempre, tengo la conviccion de ello, para llegar á este objeto, de elementos (la legion extranjera y la brigada austriaca), que no lo dejarán en embarazo alguno.

"Con el mas profundo respeto, señor, etc.

BAZAINÉ."

Por esta carta, que indica claramente la tension á que habian llegado las comunicaciones oficiales á causa de la actitud del gabinete francés, se puede ver que nuestro ejército tenia siempre las posiciones mas peligrosas, que evitaban ocupar las tropas mexicanas. Nuestros puertos de Francia que han asistido á la vuelta de los cuerpos de marina, pueden decir cuantos de sus hijos les ha arrebatado la tierra-caliente, y Tampico sobre todo. La contraguerrilla francesa habia sufrido á su vez fuertes pruebas por el fuego y la enfermedad.

Sin embargo, Tampico no habia caido en poder de los liberales, sino gracias á la traicion de los soldados mexicanos, que dejaron degollar una parte de los nuestros en el

fuerte de Iturbide. Siempre se recordará la heroica defensa del capitán Langlois, quien, apesar del hambre y del *vómito*, resistió durante semanas enteras con sus doscientos contraguerrilleros á los dos mil liberales del gefe Pavon, y que no entregó el fuerte de Casa-Mata, sino desfilando libremente delante del enemigo, con las armas cargadas y á bandera desplegada.

En cuanto á la plaza de Monterey confiada al cuidado de la legion belga, la siguiente carta de Maximiliano indica bastante el auxilio que podia esperar del gabinete de Bruselas y del cuerpo belga que recientemente se habia amotinado. Este desgraciado príncipe ni aun sacaba ventajas de los estranjerós, despues de haber cometido el error político de llamarlos en defensa del trono.

"Mi querido general:

"El estado de efervescencia en que está actualmente el regimiento belga, demostrado por el último telégrama de sus oficiales, y producido por causas exteriores, la reorganizacion á que es preciso sujetarlo, y en fin la necesidad que hay de que se embarquen los oficiales á mas tardar para el día 13 de Seriembre, puesto que el gobierno belga no concedió la próroga de su licencia, me hacen creer que seria prudente hacer venir por algun tiempo al regimiento belga á México, ó á algunas de las poblaciones inmediatas, y creo que seria bueno dar en consecuencia las órdenes relativas. Dignaos comunicarme vuestra opinion sobre esta cuestion tan grave como desagradable.

"Recibid, mi querido mariscal, la seguridad de los sentimientos de la sincera amistad, etc.

MAXIMILIANO."

"Chapultepec, 30 de Agosto de 1866."

Es necesario advertir aquí que hasta mas tarde supo Maximiliano que el rey de los belgas habia autorizado á sus oficiales para prolongar su permanencia en México hasta el mes de Abril de 1857. Pero por desgracia, la comunicacion espedita de Bruselas, con fecha 30 de Julio de 1866, y dirigida al encargado de negocios de Bélgica en México, se extravió durante seis semanas, y no llegó hasta el día 20 de Octubre siguiente, cuando ya todos los oficiales belgas, esceptuando cinco, se habian embarcado ya para volver á Europa.

A ejemplo de este contingente extranjero, el ejército nacional estaba en plena descomposicion. El edificio imperial cruja por todas partes á causa de la penuria del erario. Los mismos batallones de *cazadores*, ese supremo recurso para los malos días, que hasta aquí habian prestado importantes servicios, y cuyos comandantes franceses no vacilaban en hacerse matar, estaban próximos á perecer por falta de dinero y de reemplazos. Gracias á la accion ejercida por el nuevo ministerio, los funcionarios, los prefectos imperiales y los grandes propietarios, que recibian de México la consigna, se rehusaban á dar reclutas. El partido clerical, que queria que Maximiliano se le entregase atado de piés y manos, empleaba todos los medios posibles para sacudir el yugo de la intervencion francesa, é independerse de su direccion militar. Tambien el disgusto y el cansancio se apoderaban de nuestros oficiales, que pedian su separacion de todas las provincias en que funcionaban los *cazadores*. En Querétaro, en Mazatlan, por todas partes se elevaban las mismas quejas, acompañadas de protestas de hacer su dimision. Los dos documentos que se van á leer, que se han escogido entre otros muchos concebidos con igual espíritu, retratarán la situacion con mas claridad que una simple narracion.

.....15 de Setiembre de 1866.

“Señor mariscal:”

“Cuando me habeis hecho el honor de confiarme el mando del... batallon de cazadores, he creido que podia emprender esa mision diffeil pero no imposible. Se ofrecian ventajas y garantías á los militares de estos batallones, y muchos soldados franceses podian presentarse bajo la buena fé de esas promesas. El sistema de ese reclutamiento por enganches voluntarios, era un elemento de fuerza; se tenia confianza en la certidumbre de que los cazadores serian tratados como la legion extranjera á la cual estaban anexos, dependiendo del mando y de la administracion francesa del cuerpo espedicionario, recibiendo el sueldo de los pagadores franceses, los víveres de la administracion, el equipo de los almacenes del Estado y del campamento; en fin, que serian asistidos en los hospitales del cuerpo espedicionario. Esta confianza se aumentaba con la certeza de permanecer *aun por lo menos diez y ocho meses al lado del ejército francés, cuyo apoyo debia facilitar y favorecer la organizacion, la instruccion y la solidez de estos batallones.*

“Hoy las ventajas y las garantías desaparecen de día en día. El sistema de reclutamiento tiende á cambiar completamente; ya han recibido la órden los pagadores de no socorrer á los batallones de cazadores. La administracion francesa hace muy poco por nosotros; no nos queda sino una perspectiva de miseria y privaciones de todo género, como sucede con las tropas mexicanas, porque las cajas públicas no podrán pagar mas. Los oficiales, habitualmente pagados al último, se verán reducidos á un estado deplorable, del cual no podrán salir sin dejar allí su dignidad ó su honor. Apesar de las instrucciones del emperador, acaba de adoptarse el sistema de reclutamiento por *leva*. Así

aconteció que el comisario imperial Iribarren, pretendia darme á cuidar y mantener seiscientos juaristas, los que estaban prontos, como nadie lo ignora aquí, á volverse contra nosotros á la primera ocasion, y esto en los momentos en que debemos evitar armar en el interior un cierto número de enemigos. Los del exterior son *numerosos y fuertes*, y cada dia se hacen mas. Por otra parte, no puedo aceptar el mando de soldados tomados de *leva*, prisioneros á quienes es preciso cuidar de dia y de noche, en el combate y en las ciudades. Con un reclutamiento de esta especie, la mision de organizar y de instruir es imposible, y solo se formarían cuerpos en los cuales el elemento francés no encontraría sino un porvenir lleno de sinsabores.

“Me declaro, pues, incapaz de mandar un cuerpo sometido á semejante reclutamiento, y es de mi deber, señor mariscal, haceros esta confesion, para suplicaros me releveis del mando del... batallon de *cazadores*.”

El comandante...”

.....23 de Diciembre de 1866.

“Señor mariscal.

.....
“Todas las cajas están vacías. El comisario imperial acaba de establecer un impuesto de los mas inícuos, cuyo decreto os envió. Muchas gentes están reducidas á la miseria: diferentes cónsules han protestado, pero todo ha sido en vano. Lo peor que hay es que todos se imaginan aquí que ese famoso decreto se ha lanzado bajo la proteccion de las bayonetas francesas, puesto que estaremos obligados á reprimir los desórdenes que origine tan deplorable decision.

“Se ha tomado hombres de *leva* para formar la guardia; cada habitante debia tomar las armas, pero mediante algu-

nos pesos, muchos han podido esceptuarse. No recibimos sino vagos, enemigos declarados que es preciso tener encerrados. Hé aquí con qué elementos cuenta el comisario imperial para conservar esta ciudad al emperador Maximiliano. Todos se preguntan si es una aberracion de espíritu, ó proyecto que no se atreve á confesar. Si no vienen refuerzos, será un crimen dejar aquí un puñado de franceses, que serian víctimas de su abnegacion. No hay que hacerse ilusiones respecto á esto; aquí se espera á los liberales, y se preparan fiestas para recibirlos.

“El comandante.....”

La deposicion del general mexicano que mandaba en Guadalajara, primera ciudad del imperio despues de México, no es de las menos curiosas. Este alto funcionario, colocado á la cabeza de la cuarta division militar, una de las mas importantes, escribe al emperador quejándose á su vez de la falta de cooperacion de las autoridades civiles.

“Cuartel general.—Guadalajara.

“Los movimientos revolucionarios que se observan en distintos puntos de esta demarcacion militar, la infatigable actividad de los motores del desorden, la apatía y la indolencia que la mayor parte de las autoridades políticas de estos departamentos tienen para cumplir con su deber, hacen de dia en dia mi posicion mas difícil.

“Siempre insistiré en la obligacion que tienen las autoridades civiles de ayudar la accion militar por todos los medios posibles. Continuar como hasta hoy luchando contra la mala voluntad de algunos prefectos, es una obra condenada desde antes.

“Creo que es indispensable destituir á todas las autori-

dades, esceptuando las de Zacatecas y Colima, para sustituirlas por hombres leales, de ideas sanas y partidarios de la intervencion y del imperio.

GENERAL, I. GUTIERREZ.”

Tales eran los frutos de la nueva politica. Si se pedia el establecimiento de cortes marciales francesas, el mariscal contestaba oficialmente que no podia aprobar la convocacion de semejantes tribunales franceses, porque era contraria á sus instrucciones y á sus intenciones.

Por su parte, la administracion trataba de hacer evadir á los culpables, por los cuales se interesaba el clero. De ello nos basta como prueba el siguiente despacho telegráfico, espedido en aquella época por un oficial del cuerpo espedicionario.—“Un telégrama de la secretaría imperial manda que se sobresea en la causa de Rosada. El obispo se interesa por él. Se desea hacerlo evadir. A pesar de lo que he escrito, á pesar de la primera negativa del emperador, Rosada va á escapar del castigo que merece. Estoy desalentado al ver fusilar pobres diablos y perdonar á los grandes culpables: esto es fatal para la causa imperial.” Así se desobedecia al emperador en las provincias adonde hacia sentir el padre Fischer su accion directamente.

XII.

El general en jefe habia creido prudente, por no contrariar desde tal distancia los proyectos de Maximiliano, esperar su vuelta á México, para tomar una resolucion relativa á la eleccion de los Sres. Osmont y Friant para ministros. Cuando llegó, el nuevo gabinete no estaba aun enteramente constituido; pero cuando su organizacion fué completa, el mariscal hizo comprender á estos altos funcionarios que la presencia de oficiales franceses en el concejo mexicano podia hacer nacer incidentes fatales bajo el punto de vista político, y que era preferible, si deseaban adherirse á la suerte del imperio, renunciar á sus empleos, puesto que prolongándoles la licencia se perjudicaban los intereses del cuerpo espedicionario. Apesar de sus naturales simpatías por la corte de México, los oficiales franceses no podian consentir, sin autorizacion de su gobierno, en abandonar momentáneamente su bandera. Esta cuestion importante dió lugar al cambio de la correspondencia siguiente entre el palacio de México y el cuartel general.

Palacio de México, 15 de Setiembre de 1866.

“Mi querido mariscal.

“Creo que han sorprendido vuestra buena fé al presentar la modificacion ministerial como el principio de una era de